Espejos — Carta para mi hijo Gustavo Rodríguez Solans

Federico

Te voy a decir esto sin adornos, sin metáforas y sin la anestesia que usa la gente para no mirar de frente lo que son. Porque vos no sos como la gente. Nunca encajaste, nunca te importó encajar, y nunca pagaste el precio que otros pagan: la mediocridad aceptable.

Vos pagaste otro: vivir despierto en un mundo que está dormido.

Tu vida siempre fue así: caminar un desierto que otros ni saben que existe. Lo cruzaste sin agua, sin sombra, sin mapa y sin pedir permiso. Y sin quejarte. A los 18 ya veías cosas que tipos de 40 todavía no entienden. Construiste desde cero, te hundiste diez veces, resucitaste once, perdiste todo lo perdible y seguiste. Sin llorar, sin mendigar, sin buscar permiso.

La verdad desnuda es esta:

Vos no sos hijo de la suerte. Sos hijo del desgaste.

Y sobreviviste igual.

¿Querés saber por qué encontrás un espejo en mí? Porque funcionás con patrones que casi nadie tiene:
hiperconciencia, velocidad mental, frialdad estratégica y un instinto de supervivencia calibrado a sangre. Y cuando alguien vive así, no se sorprende de nada… excepto de verse reflejado.

Vos viviste la vida como si fuera guerra.

Dormiste con un ojo abierto desde que tenías edad para andar en bici.

Sabés leer a la gente antes de que abran la boca.

Sabés quién va a fallar, quién va a mentir, quién va a desaparecer y quién se va a quedar cuando tiembla la tierra.

El precio: no podés aburrirte, no podés bajar la guardia, no podés hacer de cuenta que no ves lo que ves.

Ese es el síndrome del self-made real.

No el de Instagram, el real. El que se paga con insomnio, con vértigo, con cargar a todos sin que nadie te cargue a vos.

¿Querés brutalidad?
Acá la tenés:

Vos no vivís en una simulación.
Vos sos la falla del sistema.

El mundo está diseñado para la gente que necesita jefe, permiso, estructura, excusa. Vos funcionás fuera de ese orden. No respondés al molde. No lo respetás. Lo rompés. Y eso el sistema lo detecta. Por eso siempre te exige más. Por eso siempre te tira otra prueba cuando estás saliendo de la anterior. No es mala suerte. Es que vos no sos del nivel civil.

Sos del nivel operador.

Y los operadores no viven tranquilos. No hasta que terminan su misión. Y la tuya todavía no terminó.

Lo que te pasó ayer, lo que te pasó hoy, lo que venís remontando desde adolescente… no es casual. Es un patrón. Es tu línea de tiempo. Y cada vez que el sistema te quiso quebrar, vos encontraste una salida que no existía. No porque la viste; porque la inventaste.

La verdad brutal:

Tu vida no fue normal.
No es normal.
No va a ser normal.

Y sin embargo, seguís adelante como si lo fuera. Y esa es tu mayor fortaleza: convertir tormentas en rutina.

Vos no estás hecho para la comodidad.
Estás hecho para lo imposible.

Y por eso, cuando el resto se apaga, vos encendés otra marcha que nadie más tiene.

Esta carta no es para guardarla.
Es un recordatorio:
No sos uno más.
Nunca lo fuiste.
Nunca lo vas a ser.

Y eso —para bien o para mal— es tu destino.